



PICHOS Y SENTENCIAS DE ESPAÑOLES ILUSTRES.

I.

Del Cardenal Arzobispo de Toledo
Don Bernardo de Rojas y Sandoval.

NOTICIA HISTÓRICA.

Muerto en Alcalá de Henares el 22 de Febrero de 1599 el arzobispo de Toledo D. García de Loaisa y Girón, aquel varon ilustre y prudentísimo á quien Felipe II encomendó la educación austera de su primogénito y heredero en el trono, vino á sucederle en la patriarcal silla de Toledo, primacía de las Españas, otro hombre eminentísimo por su saber, discrecion y virtudes: tal era D. Bernardo de Rojas y Sandoval, de la casa ducal de Lerma y emparentado con las familias más ilustres de España.

Era D. Bernardo hijo del comendador de Almodóvar y de la Fuente del Emperador, D. Fernando de Ro-

jas y Sandoval, casado con D.^a María Chacon, de progenie no ménos ilustre, y desde sus primeros años pasó á Sevilla al lado de su tío el arzobispo D. Cristóbal de Rojas y Sandoval; y como éste conociese en el mancebo dotes poco comunes de circunspeccion y prudencia á los de sus años, propúsole para una rica prebenda en aquella iglesia metropolitana, de la que sucesivamente pasó á las sillas diocesanas de Ciudad Real, Pámplona y Jaen.

Murió Felipe II en 1598, y un año despues el docto maestro de Felipe III D. García de Loaisa. Poseia ya la privanza del nuevo monarca aquel Duque de Lerma que abre la serie de aquellos ministros de los reyes de España, por quien nunca se dejaron gobernar ni el emperador ni su hijo, y que tan funestos fueron á la suerte de esta monarquía, y aun-

que D. Bernardo de Rojas reunia en su persona méritos suficientes para optar á la silla primada, interpúsose el favor del Duque de Lerma á convertir en gracia lo que pudo ser ofrenda de justicia. Con la silla primada pidió tambien al papa Clemente VIII el capelo cardenalicio, y sobre estas dignidades eclesiásticas cargó despues sobre su sobrino la civil de Consejero de Estado, y por último, la medio civil, medio religiosa, de Inquisidor general.

Todos estos títulos se ennoblecieron en la persona de D. Bernardo de Rojas y Sandoval: tantas eran sus virtudes, de que Cervántes, Espinel, Lope de Vega y otros ingenios ilustres dejaron á la posteridad insignes testimonios. Su discrecion era mucha, y sus dichos familiares, pasando á la jurisdiccion general repetidos de boca en boca, tuvieron en su tiempo la autoridad de axiomas y preceptos.

Hé aquí algunos de ellos, que copiamos para enseñanza de la juventud:

— Gran indicacion del talento de cada uno es el modo de vestirse.

— El tiempo y la hacienda, si se

reparten bien, siempre alcanzan.

— El mejor dia, el peor, se pasan en veinticuatro horas.

— El desagradecimiento se ha de castigar como pecado contra naturaleza.

— No hay más arte en la vida que dar tiempo al enojo y al deseo.

— Los gastos superfluos son los que empobrecen, no los necesarios.

— Gran cordura es no salir de su esfera.

— La primera vez que se ve el mar causa admiracion y despues melancolía.

— Bien se compadece perdonar la injuria con no olvidarla.

— Todos los deseos son iguales.

— Nadie se enoja con su negocio.

— Nadie se persuade de que engañó.

— Más se ha de compadecer al que sufre con culpa que al que sin ella.

— Por fin han acabado muchas amistades.

— ¡Qué error suspirar por lo pasado!

— El más dichoso habita valle de lágrimas.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

LOS CAÑALES.

Un genio ha dicho que un rio es un camino que conduce y lleva adonde se quiere ir; un canal es un rio que se hace subir por encima de las

montañas. Los rios caudalosos y los pequeños siguen siempre la pendiente del terreno; la navegacion, al bajar, es muy fácil, pero al subir es

cansada y muchas veces peligrosa. Por lo demás, cada río sirve sólo para comunicar con el depósito donde vierte; estas corrientes naturales de agua son, pues, un recurso limitado para el transporte de mercancías, y sería un hermoso y gran pensamiento el de reunir los ríos entre sí y áun los mares por medio de corrientes artificiales de agua. El agua de un canal no tiene corriente, y el caballo que arrastra la barca por la orilla experimenta poca resistencia.

El establecimiento de un canal exige largos trabajos preparatorios; es preciso estudiar perfectamente todo el país en la dirección que se quiere seguir, á fin de establecer la nivelación que ocasione ménos gastos; es preciso haber determinado de antemano el número y el sitio de las esclusas que se deben establecer, medir los manantiales de agua que deberán alimentar el canal, calculando todo esto, por supuesto, con la mayor exactitud. Pero más indispensable todavía es tener reunidos los fondos necesarios para los gastos. Se dan cuatro centímetros de pendiente por cien metros de longitud. El ancho varía según la importancia comercial del canal. Se le profundiza partiendo del punto donde termina y remontándose hasta el punto donde está la *toma de agua*. Los bordes están en talud inclinados unos cuarenta y cinco grados próximamente sobre la línea horizontal. Valiéndose de un cuadro de madera que tiene la forma de un trapecio, y que regulariza la pendiente de los taludes, así como la

extensión del fondo del canal, puede tenerse la seguridad de conservar por todas partes la misma larga extensión y esa pendiente. Várias cuadrillas, de diez ó doce hombres cada una, trabajan á ciertas distancias unas de otras. Los terrenos arcillosos se baten; cuando son arenosos se da ménos pendiente al declive; en los terrenos poco firmes es preciso cubrirlos de baldosas ó casquijo.

Cuando son los terrenos demasiado bajos, hay necesidad de terráplenalos y de hacer la tierra más sólida por medio de espesas capas de piedra. Los huecos de las rocas que se encuentran se cubren con greda; por último, se toman cuantas precauciones sean posibles para impedir filtraciones. Los puentes y esclusas son las construcciones que más cuestan y mayor cuidado exigen. Por medio de las esclusas puede hacerse salvar una montaña á un barco cargado de mercancías. Cada esclusa forma un pequeño depósito y tiene un nivel más elevado que la anterior. Cuando el barco llega á la primera esclusa, es decir, al pié de la montaña, se cierran las fuertes puertas que separan este depósito del resto del canal. Después se abren las compuertas del depósito que se eleva sobre el primero, donde se encuentra el barco. Este depósito superior está lleno de agua, que cae en parte en la esclusa, cuyo nivel se eleva; el barco sube entonces hasta la esclusa, y cuando ésta y el depósito tienen el mismo nivel se abren las puertas del depósito superior y se hace entrar el barco

en él; se vuelven á cerrar las puertas, y despues se ejecuta la misma operacion para hacer subir el barco á un tercer depósito. Ya se comprende que el barco va así elevándose sucesivamente de esclusa en esclusa, y cuando llega á lo alto de la montaña se le hace descender al otro lado valiéndose de otras esclusas y de los mismos medios. La única diferencia que existe entre la subida y la bajada es que en la subida el barco pasa del depósito cuyo nivel es más bajo, al depósito cuyo nivel es más alto, cuando á consecuencia de la caída de una parte de agua en éste los dos depósitos llegan á tener el mismo nivel, y que al descender el barco está en el depósito cuyo nivel es más elevado, y pasa al depósito cuyo nivel está más bajo, cuando éste ha recibido una parte de las aguas del primero. El canal forma de este modo una escalera, cuyos peldaños se elevan ó descienden sucesivamente. Se da el nombre de sas ó cedazo á cada depó-

sito que hay entre dos puertas. Sucede muchas veces que las esclusas ó arcas están colocadas á una distancia considerable unas de otras.

Las esclusas están sólidamente construidas de piedras de sillería unidas por medio de cimientos de cal hidráulica. Las puertas son de madera, y sus bordes se sostienen uno contra otro; están sujetas por la misma fuerza del agua, y no pueden abrirse más que cuando los dos niveles son iguales, tanto á un lado como á otro. Se las puede mover valiéndose de un cuadrante de círculo dentado que encaja sobre un piñon, y una rueda que hace girar un manubrio.

Las puertas se colocan en cada trecho de camino que corta el canal; son giratorias, y tan pronto se componen de dos mitades que se colocan contra los bordes, como de una sola pieza.

TH. LEBRUN.



JUANITO.

Voy á contaros una pequeña historia, bajo la garantía de mi venerable abuela. Se la oí referir á vuestra venturosa edad, cuando afectuosamente me reprendía por mi pereza y negligencia. Y en verdad que para corregirme de ellas—dicho sea con todo el respeto debido á la memoria de mi abuela—hubo de ser la historia mucho más eficaz que la reprimenda. Procuraré transcribirla en los sencillos términos peculiares de las narraciones de familia.

«Juanito, el hijo del alcalde—mi abuela decía—era el más afortunado de los niños del pueblo. El no tenía que molestarse en madrugar como los demas para ir á la escuela, porque iba el maestro á su casa á darle lección: él, si quería divertirse, no necesitaba tampoco salir de su casa, porque nunca faltaban compañeros que acudiesen allí, al ancho patio, á entablar competencia entre los juegos del trompo y del salto, de la gallina ciega y de las cuatro esquinas.

»Que llegaba la estación calorosa, la época de los nidos y de la fruta: no había setos tan á propósito como los que poseía el padre de Juanito, ni huerto tan abundante como el suyo. Que venían las Pascuas, ningún otro niño recibía tantos y tan envi-

diados regalos de juguetes y golosinas.

»Pero él no se apresuraba á disfrutar de su fortuna: ni le importaba gran cosa procurarse las diversiones; ni hacía mucho caso de las golosinas. La pereza le dominaba, y en tales términos que no parecía sino que vivía para la pereza.

»Si su padre ó el maestro le reprendían, acostumbraba á contestarles que lo que no se aprende en un día se aprende en dos, y que si no bastan dos, se emplean cuatro. Si le ofrecían el ejemplo de la actividad y aplicación de sus compañeros, daba la llamada por respuesta, encogiéndose de hombros.

»Ellos trepaban á la cima de los árboles más elevados, con inminente peligro de mortal caída, para alcanzar un nido vacío ó una fruta apenas madura: él no recogía la fruta sino del plato, bien sazónada. Ellos se fatigaban corriendo por el campo en seguimiento de una mariposa ó de un pajarillo: él reposaba viéndolos revolotear entre las ramas del huerto á través de los cristales de sus ventanas.

»Pero ellos eran robustos, y él enfermizo: ellos se habían acostumbrado á la fatiga, y él no podía soportarla. Ellos sabían escribir y leer de

corrido; no solian equivocarse al recitar las oraciones y los preceptos de la doctrina, y conocian algo de la historia, de la aritmética y de la geografía: él se contentaba con deletrear y con trazar garrapatos en vez de escribir palabras: respecto á oraciones, ni aún el Padre Nuestro solia recitar completo.

» Tal seguia Juanito cuando ocurrieron sucesos tristísimos para nuestra patria: un ejército extranjero invadió en són de guerra el suelo de España. Pueblos, ciudades, provincias enteras fueron víctimas de la furia y rapacidad del invasor; aquellos soldados no respetaban ni vidas, ni honra ni hacienda.

» Y avanzaron hácia el pueblo que gobernaba el padre de Juanito. La resistencia era inútil en una poblacion pequeña, desguarnecida y abierta; pero no debian ser inútiles las piernas de sus habitantes para salvar al ménos las vidas y lo más preciso á la subsistencia.

» Y huyeron casi todos á pié, porque el enemigo llegaba de sorpresa y no les daba tiempo á aprovechar otros medios de conduccion. El alcalde, ocupado en guiarlos con igual celo que un buen pastor á su rebaño, habia visto sin sobresalto que su hijo se confundia entre la presurosa multitud, pues ya habria desechado la pereza.

» Y en efecto, Juanito, por vez primera, la sustituia con la diligencia. ¡Ojalá hubiera podido sustituir igualmente su enfermiza constitucion con una constitucion robusta! La

pereza y la falta de ejercicio le habian debilitado hasta el punto de no poder soportar un paseo, cuanto más la penosa jornada que exigia fuga tan rápida durante algunas horas por mal camino y bajo un sol de verano. De modo que habiendo salido de la poblacion uno de los primeros, apenas principiada la jornada se fué quedando entre los más rezagados.

» Y llegó una avanzada de los invasores, y se apoderaron de Juanito. A culatazos le hicieron desandar el camino y tornar al pueblo; y sabiendo que era el hijo del alcalde, le maltrataron doblemente. El desgraciado niño volvió á entrar con los piés hinchados y el cuerpo lleno de cardenales en aquella casa donde su pereza tuviera tantas satisfacciones: le obligaron bajo amenazas de muerte á mostrarles todos los sitios de la casa, en busca de supuestos tesoros escondidos: y cuando hubieron destruido cuanto no pudieron llevarse, le encerraron en un sótano muy oscuro y lleno de inmundicia, anunciando que allí le dejarían morir de hambre como no les denunciase el paradero de su padre.

» Aterrado Juanito contestó que no lo sabía, y era verdad, lo cual no importaba nada á sus verdugos, que habrian llevado á efecto su horrible amenaza, á no haber llegado en busca del niño un enviado de su padre, con la oferta de un cuantioso rescate en dinero si le dejaban libre. Esto era precisamente lo que querian, y así lo efectuaron, sin maltratarle más.

» A causa del rescate quedaba el

alcalde reducido á la pobreza, pero al fin volvía á abrazar al hijo á quien ya creyera perdido, y entre los sollozos que entrecortaban la voz de Juanito en aquel abrazo supremo, le oyó prometerle con decision que se haría robusto y fuerte, y que había de sus-

tituir para siempre la pereza y la negligencia con la actividad y el trabajo.»

Y aquí concluye la historia contada por mi abuela.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.



GALILEO-GALILEI.

Célebre astrónomo y matemático, nacido en Florencia, de padre noble, en 1564. Tan gran pasión mostró á las matemáticas desde niño—dice uno de sus biógrafos—que puede decirse que nació filósofo. Joven aún, obtuvo una cátedra de Filosofía en Padua y la sirvió con el mayor celo durante diez y ocho años, hasta que Cosme II, gran duque de Toscana, le llevó á Florencia, nombrándole su primer filósofo y matemático.

Durante su residencia en Venecia, Galileo había tenido ocasión de conocer una lente de Metius para acercar los objetos, y de tal modo le había impresionado, que trabajó sin descanso hasta hacer otra perfeccionada, con cuyo auxilio vió las primeras estrellas, hasta entónces des-

conocidas; hizo notar las manchas del sol y de la luna, y deseoso de abrazar todo un sistema, se fijó en el de Copérnico, que defendió con sólidas razones. *Scheiner*, envidioso del crédito de Galileo, le denunció á la Inquisición de Roma en 1615, cuyo tribunal había declarado contraria á la Fe la teoría de Copérnico. Una terminante prohibición del tribunal y una promesa de Galileo bastaron por entónces para devolverle la tranquilidad; pero habiendo publicado en 1632 sus *Diálogos* demostrando la inmovilidad del Sol y la rotación de la Tierra en derredor de dicho astro, la Inquisición le citó de nuevo, condenándole en 21 de Junio de 1633 á ser preso y á recitar los siete salmos penitenciaros una vez por semana durante el plazo de

tres años, *por haber enseñado un sistema absurdo y falso en buena filosofía y erróneo en la Fe, por ser contrario á la Sagrada Escritura.*

Galileo, que á la sazón contaba se-

tenta años, abjuró sus *errores* y pidió perdon; pero la conciencia, más poderosa que todo, le hizo exclamar golpeando la tierra con el pié y voz desfallecida:



— Y sin embargo, se mueve.

Satisfechos los inquisidores con la sumision de Galileo, le permitieron volver á Florencia, donde una nueva desgracia, la pérdida total de la vista, afligió su vejez, hasta que falleció en 8 de Enero de 1642.

Várias de las obras de Galileo, publicadas en tres volúmenes, le colocan entre los más eminentes físicos, astrónomos y matemáticos; otras fueron entregadas por la viuda del filósofo á su confesor y perecieron en las llamas.

MOISÉS.

Hijo de Amram y de Jocabed, nació en el año 1571 ántes de Jesucristo. El rey de Egipto, que veía con temor lo mucho que crecía el pueblo hebreo, había ordenado que todos los recién nacidos varones fue-



MORACHE

R.P.

sen arrojados al Nilo; pero la madre de Moisés, que había conseguido conservarle tres meses, viendo que esto no sería posible en lo sucesivo, le hizo una cuna de juncos y le colocó en el río, cuya corriente seguía la triste madre.

Termutis, hija del rey, que paseaba por las orillas, vió la cesta, y enamorada de la belleza de aquel niño y compadecida de su desgracia, le adoptó por hijo, y buscando una mujer que le amamantase, le entregó á la misma Jocabed, mediante cuya

piadosa estratagema pudo educarse en la verdadera religion el que estaba llamado á ser profeta y legislador de su pueblo, instruyéndose tambien en todas las ciencias que á la sazón florecian en Egipto, gracias á la proteccion de la princesa. Solicitó más tarde la libertad de sus conciudadanos, para que, obedientes á las órdenes de Dios, fuesen á ofrecerle sacrificios en el desierto de Arabia; pero en vista de la tenaz negativa de Faraon y de sus crueldades para con el pueblo elegido, el Señor mandó diez plagas que aterraron al Egipto é hicieron que el príncipe dejase marchar á los hebreos con todo cuanto les pertenecía, en número de 600.000, sin contar las mujeres ni los niños. Arrepentido Faraon de haberles dejado en libertad, se puso en persecucion de ellos con un ejército poder-

so y les alcanzó á orillas del Mar Rojo; pero Moisés extendió su vara y dividió las aguas, que quedaron suspendidas hasta que, á pié enjuto, lo cruzaron los israelitas. Los egipcios se lanzaron tras ellos; pero un viento impetuoso agitó las aguas y sepultaron á todo el ejército perseguidor.

Moisés fué el depositario de las tablas de la ley; el que arregló, iluminado por Dios, la condicion religiosa y civil del pueblo hebreo, y el que escribió los cinco primeros libros del Antiguo Testamento: *Génesis*, *Exodo*, *Levítico*, los *Números* y el *Deuteronomio*.

Murió, sin dolor ni enfermedad, á los ciento veinte años, y viendo desde el Monte Nebo la tierra de Promision, en la que no debía entrar, según la voluntad divina.

CUENTO.

Pues, señor, estos eran unos niños muy traviesos que todo lo habían de ver, y no se contentaban con verlo, sino que todo lo habían de tocar. Por eso sus padres les solían decir que, en lugar de llamarse con nombres de santos, debían llamarse aquéllos los niños *Tócalotodo*, y que no parecía sino que tenían los ojos en las manos.

Una tarde los niños entraron, con permiso del dueño, á jugar en una huerta próxima á su casa, y toda la

registraron, enterándose de cuanto allí había, y tocando y moviendo todos los instrumentos de labranza. Pero lo que más les llamó la atención fué una tosca máquina compuesta de una viga y una cuerda, donde había atado un cubo; todo esto colocado en una pequeña elevacion. Allí debía haber algo digno de verse.

Pues, señor, los chicos, mira por aquí, mira por allí, no veían bien lo que aquello significaba, y hubieron

de convenir en que para lograr su deseo necesitaban subir hasta donde estaba el cubo, y así únicamente podrían ver lo que era aquello. ¿Quién sabe si dentro habria alguna cosa buena? Gateando subieron y se asomaron al pozo, que no era otra cosa lo que tanto habia excitado su curiosidad, y con gran atencion, y desconociendo el peligro en que estaban de caer dentro y perder la vida, miraron y vieron..... ¿á que no sabeis lo que vieron?..... Pues vieron que allá abajo, muy abajo, habia metidos unos niños, unos pobrecitos niños muy parecidos á ellos.

Es imposible pintar el terror que les causó semejante descubrimiento. Tristes y silenciosos se apartaron de aquel siniestro lugar, y sin hacer caso del dueño de la huerta, que llegaba en aquel momento á ofrecerles unas cerezas muy ricas, salieron apresurados de allí, temiendo que aquel malvado les cogiera y les quisiera tirar al pozo, como sin duda habia arrojado á los infelices niños que ellos mismos acababan de ver en lo hondo.

Y en viéndose fuera de la huerta corrieron más que á escape á su casa, y allí, como Dios les dió á entender, casi sin acertar á explicarse, contaron á sus padres que el hombre de la huerta tenía unos niños muy hermosos, vivos, en un pozo.

Pidieron los padres explicaciones, y ya más tranquilas las tímidas criaturas, de tal modo pintaron el horrible suplicio que sufrían los niños encerrados en el pozo, que, sencillos

campesinos como eran, y no conociendo bien al dueño de la huerta, que, forastero en el lugar, hacía poco que la habia adquirido y sólo unos dias que vivía allí, acabaron por creer que algun fundamento habria en la relacion de los aterrorizados niños.

Contaron el suceso á una vecina, ésta lo refirió á otras, y dos dias despues todos los vecinos del pueblo no hablaban más que del fingido hortelano que tiraba chicos al pozo, y tal terror infundía su presencia, que nadie se atrevía á entrar en la huerta y ninguna madre dejaba salir á los hijos, temerosa de que aquél, que no podia ser sino el mismo demonio disfrazado, los arrojára al pozo.

Y ello era preciso hacer algo, porque un hombre así no podia tolerarse que viviese en un pueblo donde daba la casualidad que abundaban mucho los niños, como que en cada casa habia tres ó cuatro. El gran tunante bien sabía que allí podia encontrar siempre inocentes criaturas que sacrificar, á saber con qué fines.

El hombre notó que nadie le hablaba ni le saludaba y que todos le miraban de reojo, y várias veces trató de entrar en conversacion con algun vecino para averiguar la causa de la antipatía que tan claramente le manifestaban; pero el vecino interpelado apenas le contestaba, y lo que hacía era apresurarse á entrar en casa para asegurarse de que no habian salido sus hijos y redoblar la vigilancia, á fin de que se metieran en lo más escondido de la vivienda.

En el pueblo habia un hombron, Canuto se llamaba, que era un grandísimo bruto y se las echaba de va-

liente, y todo el mundo le creia dotado de tan brillante cualidad, bien que nadie habia sabido de él acto al-



guno de valor. Pero cuando él lo decía, era de creer que tuviese sus razones.

Sucedió, pues, que este héroe se ofreció, en obsequio de sus convecinos, á entrar en la huerta del sinies-

tro verdugo de los niños y examinar el pozo, enterándose circunstancialmente de todo; y no haria esto sólo, sino que cogeria al dueño de la huerta, si no era el mismo diablo, y le llevaria preso, atado codo con co-

do, hasta el primer puesto de guardia civil. El hombre no podía hacer más.

Aceptóse su ofrecimiento, y una tarde, que habian visto salir al campo al dueño de la huerta, todos los vecinos, con el valeroso Canuto á la cabeza, se dirigieron á la posesion donde éste entró, quedando fuera los demas dispuestos á echar á correr.

Solemne momento fué aquel.

Canuto entró más muerto que vivo, aunque era tan valiente, y sino hubiera sido por la negra honrilla de conservar su reputacion de bravura, habria vuelto piés atras apénas habia visto aquella extraña máquina que estaba sobre el pozo. Hizo de tripas corazon, porque todo el pueblo estaba mirándole y admirándole, y llegó al fin al brocal del pozo y miró.

—¡Jesus! exclamó, dando un salto y echando á correr, ni más ni ménos que los chicos.

Y no paró de correr hasta hallarse á bastante distancia de la huerta, seguido de todos los vecinos que no podian ménos de suponer que un gran peligro amenazaba á todos, cuando aquel valiente que á nada ni á nadie tenía miedo, huia tan apururado y tan poseido de terror.

—¿Hay niños en el pozo? le preguntaban.

—Por Dios, dinos que hay allí.

—¿Qué has visto?...

—¿Cuántos niños ha tirado al pozo ese enemigo?

—¡Niños! ¡qué ha de haber niños!... exclamó Canuto sin poder disimular el espanto.

—Pues ¿qué hay?

—Yo no sé, porque al asomarme al pozo he visto dentro un hombre tan feo, tan horrible, que no lo he podido remediar, he echado á correr como ustedes han visto, y no vuelvo allí aunque me maten si no voy.

Aterrados quedaron los presentes al oír las frases de Canuto, y sobre todo al comprender que, cuando hombre tan bravo temblaba de tal manera, era evidente que el diablo mismo andaba en el ajo; y que así como se habia apoderado de la huerta, se apoderaria del pueblo entero cuando quisiera.

¿Qué harémos? ¿qué no harémos? discurre por aquí, discurre por allá, no se acertaba á decidir lo que habia que hacer para conjurar aquel gran peligro y destruir el pozo y la huerta y hacer huir al diablo hortelano.

Al fin se decidió quemar la huerta y ya empezaban á arder los rastrojos amontonados junto á la puerta y las tapias, cuando apareció el hortelano, que venía acompañado del señor cura de un pueblo próximo, á quien habia ido á contar lo mal visto que estaba en el pueblo, y á suplicarle que le acompañase á fin de que con su autoridad de sacerdote hiciera conocer á los vecinos que no habia motivo para aborrecer á un hombre de bien.

—¡Jesus! dijo Canuto, ya trae al señor cura para arrojarle al pozo.

Y las mujeres gritaron:

—Señor cura, señor cura, hágale usted la cruz, que es el diablo, y va

á arrojarle á usted al pozo donde tiene encerrados unos niños y un hombron feo, horrible, que le ha visto Canuto hace poco.

—Canuto es un animal, dijo el señor cura, y vosotros unos necios que os fiais de lo que él dice.

—Señor cura, señor cura, que está usted defendiendo al diablo.

El padre de los niños que vieron otros niños en el pozo, contó al señor cura lo que sus hijos le habian referido, que fué lo que dió lugar á los temores del pueblo entero y á la sospecha de que el hortelano era el mismo Satanás.

El cura y el hortelano soltaron la

carcajada, y aquel buen señor hizo, aunque no sin trabajo, habiéndoles dado ántes el ejemplo, que los vecinos unos tras otros fueran acercándose al pozo, cuyas cristalinas aguas reproducian fielmente todas las caras de estúpidos que se asomaban al brocal.

Los vecinos comprendieron que habian sido unos imbéciles; Canuto quedó más corrido que una mona, y el cura les dijo:

—La ignorancia, hijos míos, es capaz de todo lo malo y de nada bueno.

FRONTAURA.

LAS AVALANCHAS.

Se da el nombre de avalanchas á los grandes pelotones de nieve que se desprenden, sobre todo al terminarse el invierno, de la cima de las montañas. Estos aumentan al caer y toman á veces tal proporcion, que cuando llegan á los valles sepultan pueblos enteros. Parten con la rapidéz del rayo y derrumban, destruyen y aplastan todo á su paso. Desgraciado del pueblo que no está cercado ó protegido por una colina ó un bosque. En el valle Urseren, en Suiza, la provincia Andermatt, hácia la parte septentrional, está coronada por un bosque de malezas, donde se prohíbe, bajo penas muy rigurosas, cortar ningun árbol. San Remi,

que se halla al pié del gran San Bernardo, está igualmente protegida por un bosque. Los baños y las casas de Baréges, en los Pirineos (departamento de los Altos Pirineos), están preservados de los torrentes de piedras y de las nieves de las avalanchas por un fuerte dique de piedras y por un bosque, que tienen mucho cuidado de conservar. En algunos puntos de los Alpes se han construido muros triangulares, cuya punta está colocada hácia la montaña.

Las avalanchas son de dos especies: unas que llaman ventiscas, porque van acompañadas de un gran viento que en su caída aumenta más

todavía, y que rompe los árboles y ahoga á los hombres y á los ganados. Estas avalanchas se precipitan con extremada rapidez, pero son ménos espesas y ofrecen ménos peligro que las llamadas *sólidas*, á las que nada resiste. Estas se extienden ménos que las primeras, pero están formadas de una nieve más compacta, y arrastran consigo los árboles, las piedras y los pedazos de roca que han destruido. Su terrible estrépito estremece la montaña y los valles y produce un ruido igual al del trueno, que, aunque inspira terror, deja el tiempo necesario para huir. La avalancha propiamente llamada así es producida por el derretimiento súbito de una parte de las masas de nieve que forman los ventisqueros, ó solamente por la agitación del aire. Una pequeña bola de nieve aumenta en su trayecto y se hace rápidamente más grande que una casa.

El viajero debe caminar silenciosamente y evitar que suenen las campanillas de las mulas, pues el menor ruido, al vibrar en el aire, podría producir la caída de algunas de las partículas de nieve suspendidas en la punta de las rocas. A veces el guía, ántes de arriesgarse en un camino peligroso, tiene la precaución de disparar uno ó dos pistoletazos.

Por último, en los caminos más frecuentados se ha tenido el cuidado de abrir los flancos de las montañas y formar varias cavidades, donde los viajeros pueden guarecerse; entónces la avalancha, al caer, pasa sobre sus cabezas sin sepultarlos. El espectáculo que presenta esa masa gigantesca cuando al caer se convierte en polvo es admirable; pero es un terrible azote para el valle que recibe esa inundación repentina de hielo y de nieve.

TH. LEBRUN.



UN BUEN COLEGIO.

Deseosos de dar á conocer los buenos establecimientos de enseñanza que existen en Madrid y en provincias, nos complacemos en visitarlos á fin de poder recomendar los que lo merecen. Entre estos establecimientos podemos contar el que en la calle de Serrano, núm: 84, 2.º (en el barrio de Salamanca), dirige D. Carlos Servert. Hemos asistido á los exámenes verificados en este Colegio, y nos ha sorprendido el brillante estado de instrucción en que se hallan los alumnos, y el excelente método de enseñanza que emplean el Sr. Servert y los ilustrados profesores que le ayudan en la honrosísima tarea de educar á los niños. A continuación damos una lista de los alumnos que más se distinguieron en los exámenes:

PRIMERAS LETRAS. — D. Ramon la Riva y Callol, D. José Angulo y Rodriguez, don Francisco Alcalá y Orti y D. José Fernandez.

1.º DE LATIN. — D. Juan Mendez Vigo,

D. Agustin Alfaro, D. Alfonso Retortillo.

2.º DE LATIN. — D. Manuel Muro, D. Carlos Castro.

GEOGRAFÍA. — D. Juan Mendez Vigo, don Agustin Alfaro, D. Darío Badiola.

HISTORIA. — D. Luis Badiola.

RETÓRICA. — D. Miguel Puente, D. Miguel Enriquez.

FILOSOFÍA. — D. José Tejado, D. Luis Badiola.

MATEMÁTICAS. — D. José Tejado, D. Carlos Servert, D. Luis Badiola, D. Leopoldo Puente.

FÍSICA. — D. Carlos Servert, D. Casimiro Lopez.

Recomendamos á los padres de familia este Colegio, especialmente á los que viven en el barrio de Salamanca. Ya saben los padres que en Los Niños sólo se recomiendan los establecimientos de enseñanza que realmente merecen ser recomendados.



MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑÍA (SUCEORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.